

Abdu Eljaiek

# Todo comenzó el día que recibió una carta

*He escrito estos recuerdos con amor para mis hijos Pilar, Esteban y Hernando, con la esperanza de que al conocerlos transmitan sus raíces a mis nietos Thibault, Sebastián y Valeria, así como a los que pudieran asomarse al universo estando yo presente o no.*

[...]

## EL AUTOR:

Fotógrafo, Calamar, 1933. Realizó estudios de Bellas Artes en la Universidad Nacional de Colombia. Fotografías suyas han acompañado la obra de varios autores, como Gerardo Reichel-Dolmatoff, Eduardo Caballero Calderón, Eduardo Lemaître, Eduardo Mendoza Varela, Fausto Panesso. Ha sido profesor de fotografía y artes en varias universidades y ha presentado sus exposiciones en Colombia, Polonia, Yugoslavia, Bélgica y Francia. En 1997 publicó el libro *Villa de Leyva*, con más de medio centenar de fotografías. E-mail: abdueljaiek@yahoo.com



Primera foto de Abdu Eljaiek.

## EL SIRIO MOISÉS

**R**ecuerdo a mi padre en Girardot, sentado en su silla en la acera de la casa y, como siempre, recostado contra la pared mientras narraba:

— Yo recibí en 1920 una carta de mi tía Marie Hayek. Ella, su esposo y un primo, llegaron a Colombia a finales del siglo 19 y se instalaron en un pueblito en el departamento de Bolívar. Ellos, al igual que la mayoría de los emigrantes libaneses, eran cristianos maronitas con pasaporte turco y huían de la persecución religiosa de la cual eran víctimas. El gobierno colombiano les abrió las puertas con gran generosidad, a pesar de unos políticos que preferían una inmigración inglesa, holandesa o belga. Su primo viajó y se radicó en Panamá antes de comenzar La Guerra de los Mil Días. Desde ese entonces perdió toda comunicación con él. Resulta curioso pero no recuerdo su nombre.

Finalizada la guerra, Panamá se separó de Colombia el día 3 de noviembre de 1903, apoyado por EE.UU., que tenía gran interés en la construcción del canal. Esta situación se vio favorecida por la debilidad, cobardía, miopía política y deseo de enriquecerse pronto de algunos gobernantes colombianos.

Unos años después murió el marido de mi tía Marie. No teniendo hijos y sintiéndose sola, vio la necesidad de tener a alguien que le ayudara a manejar el almacén y un potrero que tenía cerca al pueblo. Aprovechando que

la guerra de 1914 había terminado, me pedía que viniera a Colombia.

El Líbano formaba parte de Siria y estuvo bajo el dominio turco hasta el final de la guerra de 1914, a la que los historiadores dieron por llamar “La primera guerra mundial”.

La liberación de los turcos se debió, por un lado, a la entrada del ejército inglés, que venía de Arabia, y del ejército francés que ingresó por El Líbano. Ya finalizada la guerra, se repartió el botín. Como Inglaterra ya se había apropiado de Palestina, los franceses hicieron lo mismo con El Líbano, separándolo de Siria y convirtiéndolo en Protectorado francés. El año pasado, El Líbano obtuvo su independencia el 22 de noviembre y se convirtió en República. En el mismo año que cumpliste los 10.

Cuando por fin decidí viajar, salí de mi pueblo, Zajle, hacia Beirut, donde me embarqué. El trayecto se hizo en cuarenta y cinco días. En 1921 desembarqué en el espectacular muelle marítimo de Puerto Colombia. En ese momento era el tercero más largo del mundo. Por desidia y algunas monedas, cosa normal en buena parte de nuestros políticos, lo dejaron acabar.

Yo entregué el pasaporte con mi nombre, Moussa El-Hayek y cuando recibí la visa me sorprendí al verlo españolizado. No tuve más remedio que llamarme Moisés Eljaiek. Al salir de la aduana, que no fue mucha, mi tía María Eljaiek, a quien también le cambiaron el nombre y apellido cuando llegó a Colombia, me estaba esperando. Tomamos una chiva que nos llevó a Barranquilla. Nos embarcamos en uno de los buques de río con destino a un puerto ribereño llamado Calamar.

Llegamos a la casa-almacén de mi tía. Ésta quedaba en una esquina en la calle que llaman de los turcos, a tan sólo veinte metros del río Magdalena, frente al malecón donde atracan los buques de pasajeros y las lanchas con el correo.

Recién llegado, me puse a recorrer el pueblo para conocerlo. Al pasar por la estación del ferrocarril, vi incrustado un riel en el tronco de un árbol. Uno de los operarios de la estación que se encontraba comiendo un guineo, con la boca llena me contó que no hacía mucho tiempo había pasado el más fuerte vendaval registrado en Calamar y el viento era tan fuerte que levantó el riel y lo clavó en el árbol. Cierto o no, el riel está clavado allí.

Un día en el pueblo, Santiago Ávila, quien iba acompañado de Toño Martínez, me llamó turco. Esto me ofendió tanto que sin decir una palabra le di un tramojazo en la boca. Santiago me respondió con otro directo al ojo. Mi tía, quien nos vio, vino hacia nosotros y se nos paró enfrente. Santiago tenía la boca reventada y yo un ojo morado. Muy seria nos dijo:

—Bien jóvenes, ya es suficiente, ahora dense la mano y todo queda arreglado.

Nos miramos sin ningún deseo de chuparnos. Viendo que las cosas no se iban a arreglar, mi tía nos da a escoger entre dos opciones:

—O se dan la mano y todo termina, o se dan una puñera hasta quedar los dos por tierra.

No tuvimos más opción que darnos la mano.

Cuando mi tía se fue, nos quedamos de frente mirándonos. Santiago me hizo una pregunta a boca de jarro:

—No joda Moisés ¿porqué me rompiste la boca?

—Eche, porque me llamaste turco— respondí.

—¡Aja! —preguntó— ¿Acaso no eres turco?

—¡No! Yo soy libanés —le contesté—, para mí es un insulto que me llamen turco por haber padecido el dominio de ellos. Como los primeros emigrantes eran sirio-libaneses, prefiero que me llames sirio.

Desde ese día me comenzaron a llamar “El sirio Moisés”.

Santiago, el negro Toño y yo llegamos a ser buenos amigos.

Ellos eran excelentes nadadores y hacían constantes apuestas de quién podía nadar más lejos en el río Magdalena. Esto lo hacían cerca al malecón. A mí no me gustaba bañarme en el río por una razón muy simple, no sabía nadar, entonces les servía de juez. Toño, por tener mucho más perrenque, siempre ganaba.

Pasó un tiempo y mi tía, al ver que yo podía administrar el almacén y el potrero, me dijo:

—Moussa, todo esto será tuyo —hizo una pausa muy larga... ésta me puso incómodo al hacerme sospechar de un posible “pero”, y en efecto se me vino con— “pero, tienes que casarte”.

¡Uy no! Yo sólo tenía dieciocho años ¡Casarme yo, ni de vainas! Así que, sin más opción, también le puse un pero:

—Sí, pero todavía no.

Un tiempo después y siendo todavía muy joven, me casé con mi prima Susana, que vivía en Zajle, El Líbano. Allí se casó por poder. Eso no lo entendí. Cuando llegó, nos casamos por la Iglesia. Eso sí lo entendí. De todos modos, todas esas vueltas me parecieron una solemne pendejada.

## LA NIÑA CECI

Algo que siempre le agradó contar fue:

—En la primera preñez de tu mamá, la niña Cecilia, que por cierto ya estaba bastante vie-

ja y vivía una casa de por medio, murió. La noche siguiente a su entierro, Susana, debido a su estado, se sintió maluca. Por no tener un remedio para calmarle la maluquera, decidí ir donde el doctor Barrios a pedirlo. Él vivía detrás de nuestra casa y la forma más fácil de llegar allí era cruzando por el potrero. Como siempre he dormido en calzoncillos y además estaba muy entrada la noche, me dio mucha pereza ponerme los pantalones. Lo que hice fue echarme la sábana encima, ponerme las abarcas, quité la talanquera y así salí. Cuando iba caminando por el potrero, pasé por un lado del tronco de un árbol que recién habían tumbado. Más adelante sentí un grito espantoso que me asustó. Yo comencé a dar vueltas para saber de dónde provenía ese grito. De pronto oí otro que me pareció venía de nuestra casa. Supuse que eran de tu mamá. Sin pensarlo decidí regresar corriendo y para cortar camino salté el tronco. Al hacerlo, el grito fue mucho más fuerte y ahí sí, corriendo como alma que lleva el diablo...

Yo lo interrumpí y le pregunté extrañado:

—Papá ¿tú saltaste el tronco?

—¡Sí! —y tocándose la barriga prosigue—, yo pesaba sesenta y ocho kilos y no los ciento treinta de ahora. ¿Puedo continuar?

Entré a la casa muy pálido. Tu mamá se encontraba con Blanca, una joven que le servía de compañía. Las dos se sorprendieron al verme pálido y muy angustiada tu mamá me inquirió:

—¿Qué té pasa?

La miré extrañado y le pregunté:

—¿Qué me pasa... a mí...? ¿No eras tú acaso la que gritabas?

—No, Blanca y yo oímos unos gritos —me respondió— pero al lado, donde la comadre Inés. No sabemos qué le pasó.

—Debe ser algo grave —dijo Blanca.

Sentí un gran alivio y me senté un momento para que se me pasara la angustia. Ya más tranquilo, me vestí y salí para enterarme de lo sucedido.

En casa de nuestra vecina había mucha gente agolpada averiguando lo que sucedía. Ella se encontraba jadeando y... desparramada en su hamaca. Su marido, que se encontraba muy preocupado, la estaba abanicando con un cartón. Casi sin voz ella comenzó a contar:

—Al asomarme por la puerta, vi el fantasma de la niña Ceci que estaba vagando por el potrero, del susto grité, entonces ella comenzó a bailar dando vueltas, eso me asustó más y volví a gritar, fue cuando voló por encima del tronco y vino hacia mí. Volví a gritar y creo que me desmayé.

Al mirar hacia el potrero, me di cuenta que, al oír los gritos y correr hacia mi casa, ella me confundió con un fantasma que se dirigía hacia la de ella. Hice el intento de calmarla, sin comentar nada. Como estaba aguantando la risa, regresé lo más rápido que pude a casa. Allí sí la pude soltar.

—Papá —le pregunté— ¿la risa se puede aguantar?

—Sí —me respondió— y duele tanto, como aguanté una oriná. ¿Puedo continuar?

Tu mamá y Blanca estaban muy ansiosas por saber lo sucedido. Comencé a echarles el cuento y antes de terminarlo, soltaron una carcajada y además tu mamá le añadió unas lágrimas espectaculares.

Qué gran remedio resultó para tu mamá. La maluquera desapareció y todo por obra y gracia del fantasma de la niña Ceci. Imagínate, a la mañana siguiente recién levantada tu mamá, estaba todavía riéndose.

Había que ver a los que pasaban frente a la casa de la difunta. La señalaban y se echaban la bendición. Como todo el pueblo hablaba de la aparición, por pura prudencia resolvimos no contar a nadie lo que en realidad había sucedido. Creo que en mi querido Calamar, todavía deben seguir hablando del bendito fantasma de la niña Ceci.

La negra Blanca, como cariñosamente le decíamos, conoció a un joven que trabajaba en la petrolera. Se casó en esos días y se fue con su marido a vivir a Turbaco. A mí se me quedaron grabados unos versos que le encantaba cantar.

¿A quién se le canta aquí?

¿A quién se le dan las gracias?

A los que vienen de afuera

O a los dueños de la casa.

## EL SEGUNDO MOISÉS

El suceso que más impactó a mi papá y que tuvo presente toda su vida, me lo contó un día:

—En 1927 se me presentó la oportunidad de comprar en Barranquilla un almacén, con casa incluida. Tu hermano Carlos tenía ya dos años y, sin otro hijo en proyecto, decidí hacer el viaje. Yo llevaba en un pequeño maletín, junto con mi ropa, los seiscientos pesos para la compra.

En ese entonces habían llegado unas lanchas alemanas muy veloces. Quise, y sólo por pura novelería, viajar en una de estas. Santiago Vega, cuyo papá habían nombrado recientemente alcalde, iba también de viaje a Barranquilla para tratar unos negocios.

Con extrañeza vimos a unos soldados, que subieron con Toño Martínez amarrado, como si

fuera un criminal. Santiago y yo nos dirigimos a los soldados y les preguntamos el porqué. Estos nos dijeron:

—El soldado Antonio Martínez, después de realizar un robo, desertó de las filas del ejército y lo llevamos de regreso a Barranquilla.

Nos pareció muy raro que nos dijeran que él estaba en el ejército, si sabíamos perfectamente que él salió de Calamar porque fue contratado por el gobernador como su telegrafista.

Ya en el trayecto nos acercamos a Toño y nos contó:

—¡Yo no soy un choro! Resulta que Maruja, la esposa del hermano del coronel Bermúdez, se enamoró de mí y ustedes saben que las rubias con cara de queso nunca me han gustado. Cuando le dije que no quería tener ná con ella, se fue donde su marido y me dicen que llorando le contó que yo intenté violarla. Allí se encontraba Roberto, un compañero de la gobernación. Tan rápido como pudo, me avisó y yo de inmediato regresé a Calamar. Qué pendejo. Si le hubiera seguido la corriente, me habría divertido un rato y no estaría envuelto en este bollo. Ahora sí me va a llevá el diablo.

Santiago y yo nos dirigimos a los soldados y les dijimos que como él no podía irse a ninguna parte, lo soltaran y efectivamente lo hicieron. Como no nos permitían estar junto a Toño, Santiago y yo nos hicimos en la parte delantera de la lancha e íbamos conversando de lo agradable que resultaba este viaje, cuando una orquesta que venía de El Plato y se dirigía a Barranquilla comenzó a amenizarlo tocando la música que más me gusta, el porro. Ellos estaban prácticamente sentados encima del motor. Al lado mío venía un sacerdote, quien al igual que nosotros estaba que se bailaba. Con la música, el viaje se ponía mucho más alegre e interesante. Una pareja comenzó a pregonar:

—Butifarras... caribañolas...

Los que íbamos en la lancha, le compramos casi todas las que llevaban en el canasto. El sacerdote le preguntó a la pareja:

—¿No traen empanadas con huevo?

—Hombe cura: —contestó la señora— dé gracias que trajimos algo de comé.

—Les faltó traer el ron —comentó Santiago.

Desde atrás de la lancha, oí a alguien que repuso:

—Yo sí traigo una botella, pero es para mi mujer y yo.

Santiago no aguantó más y comenzó a correr las bancas con la colaboración de los que nos encontrábamos al lado. Sin perder tiempo y para que nadie se le adelantara, sacó a bailar

una bella joven mulata, a la que le estaba echando el ojo desde que subimos. Como era un buen bailarín, hizo cuanta pirueta conocía y también le dio por bailar encaramado en las bancas. Los pasajeros sacamos pareja y comenzamos la fiesta. El cura se acercó a los músicos y con una excelente voz comenzó a acompañarlos. Al terminar la pieza, el cura regresó a su puesto con el aplauso de todos los que estábamos allí. Santiago se sentó exhausto y después de conversar alegremente con la joven, se volteó sonriente poniéndose frente a mí; en ese preciso instante se produjo una fuerte explosión. Él se me vino encima. En la parte de atrás de la cabeza, le alcancé a ver incrustada una esquirla. El motor de la bendita lancha había explotado. Santiago, para desgracia de él, se convirtió en mi escudo. La joven cayó con la espalda destrozada, al lado del cura. Yo, tan rápido como pude, acosté en el piso a Santiago mientras el cura colocaba a la joven junto a Santiago. El sacerdote procedió con presteza a darles la extremaunción. De pronto, haciendo un ruido impresionante, salió una bocanada de fuego del boquete que dejó la explosión...

—Papá —le pregunté— y ¿sentiste mucho miedo?

—¿Si yo sentí miedo? —me contestó—, Sentir miedo yo... no... Tan sólo me dio un poquito de pánico. ¿Puedo continuar?

Como puedes suponer los músicos que se encontraban encima del motor y la gente que estaba a su alrededor murieron en el acto. A la lancha le cabrían unas cuarenta personas y se encontraba con casi todo el cupo; creo que fueron más de treinta los muertos. La poca gente que quedó viva, presa del terror se botaba sin pensarlo al río. Los lamentos de los heridos eran desgarradores. El cura y yo nada pudimos hacer por ellos, porque el fuego se avivó muy rápido y se nos acercaba. Como estábamos en la parte delantera del bote, nos agarramos a un tubo. Este se fue calentando tanto, que lo agarrábamos con la mano izquierda y al instante debíamos pasarlo a la mano derecha. El fuego estaba encima de nosotros y el tubo tan caliente, que muy a pesar mío y sin saber nadar, nos dejamos caer al agua. El cura, gracias a la sotana logró flotar un poco, en cambio yo sí alcancé a tragar bastante agua.

Nos salvamos, gracias a que fuimos los dos últimos en botarnos. Esto dio el tiempo suficiente para que un par de bogas que oyeron la explosión y se encontraban bajando en su canoa por la margen izquierda, se dirigieran de inmediato hacia la lancha, que se había convertido en una gran antorcha. Después de rescatarnos, se quedaron por un momento mirando los alrededores, por si encontraban otros sobrevivientes. El cura les insinuó que fuéramos a buscar a la margen derecha del río.

—No, ni de vainas —respondió uno de ellos—, por allá hay muchos caimanes. Más bien bajemos un poco por el río.

Al no encontrar más náufragos, nos condujeron a un caserío en la margen izquierda.

El cura y yo estábamos temblando tanto, que no podíamos caminar. Los bogas nos ayudaron y nos llevaron debajo de un inmenso guarumo donde nos sentaron. Allí vendían una cerveza alemana muy fuerte. La poca gente del lugar nos rodeó para escuchar lo sucedido. Después de tomarnos unas cuantas y todavía temblando, metí la mano al bolsillo y saqué las tres morrocotas que llevaba allí. Poniéndolas sobre la mesa, me dirigí a uno de los bogas y con la poca voz que me salía:

—Oye tú negro, muchas gracias, esto fue lo único que me quedó.

Él, con una gran sonrisa expresó:

—No señores, esto no lo hicimos por dinero.

—Está bien —le dije— tómenlas como un préstamo, para que le compren un motor a la canoa.

Ellos se miraron, levantaron los hombros y con la cabeza me dieron el sí. Cogieron dos morrocotas y uno de ellos añadió:

—Esto es lo que cuesta una lancha con motor.

Después de un par de cervezas los bogas se levantaron y, con la sonrisa de siempre, nos dijeron:

—Que Dios les dé una larga vida.

El cura y yo los despedimos con un fuerte abrazo. Enseguida regresaron a su canoa. Con la bendición del sacerdote, les deseamos que Dios les diera salud y una muy larga vida. Hasta mi muerte se las seguiré deseando.

Aprovechando la morrocota que me quedó, nos tomamos con el cura, sin cruzar palabra, dos canastas de cerveza. Por el estado en que nos encontrábamos, el alcohol no nos hizo el más mínimo efecto. Cuando ya nos habíamos tranquilizado un poco, nos pusimos por unos minutos a recordar lo sucedido, mientras nos tomábamos otra canasta. Casi todos los habitantes del caserío nos habían rodeado para escucharnos. Durante la conversación yo estuve lamentando la muerte de mis dos amigos y curiosamente no se nos ocurrió presentarnos. Al despedirnos, nos dimos un abrazo. El cura prefirió quedarse para poder descansar y así, sin tanto temor, tomar al otro día una lancha que lo llevara a Barranquilla. Como yo no deseaba volver a montar en lancha, con lo que me sobró de la morrocota, que por cierto era bastante, pregunté quién me podía vender un caballo o un burro, para regresar a Calamar. Juan Martínez, un joven

que se encontraba en el caserío, me prestó un burro que tenía; viendo el estado en que me encontraba, prefirió acompañarme. Nunca más volví a ver al sacerdote ni a los bogas, pero me gané un gran amigo.

Al regresar a Calamar, una multitud impresionante salió a recibirme. Todos me comenzaron a llamar: *“El segundo Moisés salvado de las aguas”*.

Por desgracia, no faltó el imbécil que por poco me amarga el rato. Se le dio por ser un adivino:

—Lo sucedido fue una premonición, para que no viaje a Barranquilla.

Francamente, a mí me pareció que una premonición con un saldo de más de treinta muertos, es muy costosa.

Debido a este suceso, entendí a la perfección lo que un día me dijo tu abuelo:

—“Las cosas no llegan ni antes ni después, todo llega a su debido tiempo”.

Mi tiempo de morir, no había llegado.

Al contrario de lo que se puedan imaginar, nunca vimos a mi papá borracho, por dos simples razones: la primera, porque era muy raro verlo tomar y la otra, porque le daba vergüenza que lo vieran borracho.

## UN BURRO EN EL TEJADO

Una noche en la sala de la casa en Girardot, mi mamá nos contó:

—Un día llegaron a Calamar, como lo hacían todas las semanas, dos hermanas ciegas, que se ganaban la vida cantando en los pueblos. Ese día, frente a la casa del balcón mocho, nos reunimos para oírlas. El negro Juan Martínez, quien vivía en Campo de la Cruz, llegó como siempre montado en su burro, lo amarró a una escalera que tenían en la casa del lado donde estaban arreglando el techo y se fue a sentar junto a tu papá y a Antonio Sagbini, el padrino de Carlos. Cuando las hermanas terminaron, a Juan le dio por ponerse jodón, como era su costumbre con Antonio. Fue tanta la rabia del padrino, que sin decir una sola palabra se levantó, miró al negro, dio media vuelta, se fue hasta donde estaba el burro, se agachó, se metió debajo del pobre animal, lo levantó, se subió con él por la escalera y lo dejó en el techo. Al bajar se dirigió a Juan y jadeante le dijo:

—Oye tú... negro maluco... bájalo... si puedes.

La gente que se encontraba todavía allí, lo aplaudió como si fuera otro espectáculo.

Imagínense el problema que se armó. Subieron al techo cuatro personas, entre las que estaba

Moisés. Amarraron con lazos al pobre animal y con mucho cuidado lo fueron bajando. Ya abajo Juan comentó:

—Por suerte mi burro es bien dócil, porque donde comience a dar coces, Antonio se viene abajo y mi pobre burro se hubiera podido esmondongar.

Así que ese día tuvimos tres estupendos espectáculos: el de las hermanas ciegas cantantes, la subida del burro y la bajada del burro.

Mi papá tomó la palabra:

—Es que el padrino de Carlos era tan fuerte, que un día a su almacén entró una cliente. Iba a comprar lona para catre, que era la tela más gruesa que se conseguía. Él la midió y con la tijera hizo un pequeño corte, tras lo cual la agarró de lado y lado rasgándola. La señora replicó enseguida:

—No, don Antonio, esa tela está podrida.

Antonio le contestó:

—No mi señora, es que yo tengo mucha fuerza.

Viendo el gesto de incredulidad que hizo la señora, le indicó que lo siguiera. Llegó a la puerta y le señaló un riel diciéndole:

—Mire.

En Calamar para hacer un sardinel, colocan un riel y luego rellenan con tierra. Agarró el

riel, lo movió para aflojarlo y con un poco de esfuerzo, lo levantó.

Un día, después de visitar el potrero y entrada la tarde, regresé a la casa. Susana me estaba esperando y mostrándome dos morrocotas, me dijo:

—Moussa, dos hombres vinieron y me preguntaron por el señor que se salvó del naufragio. Te estuvieron buscando en Campo de la Cruz y que un señor Juan Martínez, debe ser el compadre, les dijo que aquí vivías. Me las entregaron pidiendo que te diera las gracias y se fueron.

—Uy —dije—, todo lo que te conté del accidente de la lancha y se me olvidó comentarte, que a los bogas les quise regalar tres morrocotas y sólo aceptaron dos en préstamo.

\*

Un tiempo después, llegó de El Líbano mi tío Juan, uno de los ocho hermanos de mi papá. Por ser el único pariente cercano nuestro, lo llamábamos, a secas, Tío.

El siguiente es uno de los pocos cuentos que oí a mi Tío:

—En Calamar, los chismes se contaban a través de unos papelitos que clavaban en las puertas. Muchos de estos se hacían para acabar con un matrimonio o una amistad, ya fuera por venganza o sólo para joder la vida.



Familia Tanus Hayek, El Líbano 1938

Había una pareja recién llegada al pueblo. La mujer era muy bella, seria y respetada. En esa misma cuadra vivía un hombre que no paraba de asediarla. Ella nunca le puso atención. Éste, en venganza, colocó en la puerta de Pedro el consabido papelito que decía:

Tu mujer te engaña con José, tu vecino.

Pedro, el ofendido marido, agarró la escopeta que tenía para cacería y sin decir una palabra, salió despepitao a buscar a quien creía había deshonrado su hogar. Lo estuvo preguntando como un desesperado por todo el pueblo. José quiso encontrarse con Pedro para explicarle que se trataba de un embuste. Sus amigos le dijeron que era mejor que se escondiera mientras a éste se le pasaba la rabia. Cuando Pedro lo vio, no le dio tiempo de decir una palabra. De inmediato le disparó. José salió corriendo para ocultarse. La persecución ya llevaba bastante rato. En su desespero y muy cansado, entró al almacén de Juan Sesin. La suerte no estaba en ese momento con él, porque Pedro, sabiendo de la gran amistad que tenían José y Juan, lo esperó dentro del almacén y en la puerta, sin decir una palabra, le puso el cañón en la cara y disparó.

Un grupo de jóvenes que nos encontrábamos sentados en el malecón cajetiando y sin saber lo que pasaba, al oír el disparo, como impulsados por resortes, quedamos de pie. Vimos a Pedro salir del almacén, caminando muy despacito, en su mano llevaba todavía la escopeta. En su cara no había ninguna expresión. Entramos al almacén creyendo que le había disparado a Juan. Este se encontraba rígido y con la mirada fija sobre la puerta, la que quedó toda manchada de sangre. La cabeza de José quedó despedazada.

Yo me puse a hablarle a Juan, sin lograr que reaccionara. Lo llevé adentro de la casa, mientras al policía de turno le ayudaban a sacar el muerto. Con mucho trabajo hice sentar a Juan y como seguía sin reaccionar, llamé a Moisés e hicimos todo lo posible para que por lo menos nos contestara. Durante varios días lo tratamos, sin lograrlo. El doctor Barrios, quien era el que lo atendía, nos recomendó, a mi hermano y a mí, enviarlo a Bogotá, para un tratamiento en la clínica del doctor Asuad, un siquiatra antioqueño. Allí lo pudieron recuperar y por suerte sólo quedó con un tic. El pobre Pedro, nunca pudo recuperarse.

Mi Tío se reservó los verdaderos nombres de los protagonistas exceptuando el de Juan Sesin.

EN CALAMAR LA SITUACIÓN SE PONE TENSA

Recordando, mi papá me cuenta:

—El ambiente con la familia de Raquel, esposa de tu Tío, se había puesto muy tenso. Todo

comenzó cuando el viejo Antonio, padre de Raquel, me pidió que le vendiera el potrero. Yo no sospeché que el rechazo de su pedido me acarrearía muchos problemas.

Un día llegó el negro Juan Martínez y me dijo:

—Compadre, los trabajadores no quieren trabajar en el potrero. Ellos dicen que el palo de mango de la entrada se pone a temblar a eso de las cinco de la mañana, quejándose muy duro.

—Bueno Juan —le dije—, yo creo tener un buen remedio para ese pobre árbol. Mañana temprano le vamos a realizar una curación.

Cuando nos encontramos al día siguiente muy de mañana, le dije:

—Mi querido compadre, aprovechemos que el día amaneció fresco, según el termómetro tenemos 21° C; el remedio al árbol.

Al llegar a la entrada del potrero, el árbol comenzó a temblar y se oyeron unos quejidos bastante fuertes. Como yo llevaba el remedio en la cintura, lo saqué, hice un par de disparos al aire y el medicamento comenzó a hacer efecto. Dos hombres se tiraron del árbol gritando que no los matara. Yo volví a enfundar el revólver mientras les pedía que se acercaran y me contaran a qué se debía toda esa bulla. Uno de ellos habló:

—El suegro de tu hermano nos contrató para asustar a los trabajadores. Así se irían y al no tener quien te trabajara el potrero, él tendría la posibilidad de comprarlo.

Creí que todo esto terminaría ahí, pero un tiempo después, Juan Martínez vio al cuñado de mi hermano corriendo la cerca del potrero. El negro, montado en su burro, le insinuó:

—Oye tú, es mejor no hacerlo, así te evitas un disgusto con Moisés.

Este reviró diciéndole:

—Si viene, lo voy a saludar con mi revólver.

El negro Juan, preocupado, de inmediato fue al pueblo a contarme. Yo entré a la casa, me puse el revólver en la cintura, salí, monté en mi caballo y le dije:

—Compadre, esto es un asunto personal, espérame que ya regreso.

—No compadre —replicó Juan—, lo que es contigo es conmigo.

Nos fuimos para el potrero y nos dirigimos al sitio donde estaban corriendo la cerca y sin bajarme del caballo, le dije:

—Oye tú, sólo los machos amenazan con el revólver, pero no son capaces de desenfundarlo frente a un hombre.

El muy cobarde me respondió:

—No te pongas así Moisés, todo esto ha sido una equivocación, ya nos vamos.

—Perfecto —le dije—, pero antes de irte, corrige toda tu equivocación.

El negro Juan se bajó del burro y se paró junto a él.

El cuñado de tu Tío no dejaba de mirar a Juan, porque éste tenía fama de cortar en dos una mosca al vuelo con el machete. Sólo se retiró cuando terminaron de colocar en su sitio las estacas. Mientras mi compadre montaba en su burro, me dijo extrañado:

—Oye Moisés, no pude entender bien, o mejor, nada. Tú le diste a entender que, un macho no es un hombre. ¡Cómo es esa vaina! Y, ¿por qué no sacaste el revólver?

—Pues, entendiste bien —le dije.

—Sí tú dices que entendí, entonces sí entendí.

Juan se quedó pensativo, luego me miró y dijo:

—Pero sigo sin entendé.

Yo eché cabeza por un rato y al fin creí encontrar la forma de explicarle.

—Óyeme bien. Los perros, los toros, los caballos son machos, al igual que las perras, las vacas, las yeguas son hembras. Todos los animales son irracionales, actúan por instinto. En cambio, el hombre razona, esto quiere decir, que actúa con inteligencia.

Lo miré y me di cuenta que todavía no me entendía del todo. Me tocó ponerle un ejemplo:

—Supongamos: hay una yegua en celo, que es una hembra, cerca están dos caballos, que son dos machos. Estos se enfrentan en una pelea impresionante por la hembra. Así, el que gana es por naturaleza más fuerte y sólo por eso tiene todo el derecho de poseerla. La hembra, para la supervivencia de la especie, se deja poseer sólo por el más fuerte. Por el contrario, entre el hombre y la mujer, es la inteligencia y no la fuerza la que debe imponerse.

—Ah —dice— entonces, mi burro es un macho y la burra de mi burro, es una hembra. Así que yo soy un hombre y mi mujer una mujer.

—Bien —le pregunté— ¿me entendiste?

Él sólo me dijo:

—“Ajá”.

—Ahora, para la segunda inquietud te hago una pregunta ¿para qué desenfundas tú el machete?

Sin pensarlo me contestó:

—Para usarlo.

—Si yo no saqué el revólver, fue por la misma razón — le dije—, si uno se enfrenta a alguien y lo saca, no es para mostrarlo. Yo no me siento con ningún derecho de quitarle la vida a nadie y no hay motivo alguno por el cual considere hacerlo.

—Entonces —me preguntó— ¿por qué trajiste el arma?

—Sé que él es un cobarde —le dije— y no me iba a hacer nada viéndome armado.

—Pero compadre —me dijo el negro—, y ¿si él lo hubiera sacado?

—Pues... me hubiera matado.

—Papá —le pregunto—, yo no entendí nada del macho, la hembra y tampoco lo del machete y el revólver.

Mi papá, me respondió:

—Eso, te va a costar mucho trabajo entenderlo ahora, además, no encuentro la forma de explicártelo en este momento, pero en unos años más, lo vas a entender y va a ser de mucha importancia en tu vida.

#### TRASLADO A GIRARDOT

—A finales de 1935 —me cuenta mi papá—, supimos que en Girardot se movía muy bien el comercio. Mi tía María había muerto y tu Tío envidado. Como la situación con la familia de tu Tío se había complicado mucho más, resolvimos que él viajara a Girardot para enterarse qué tan cierto era el auge de su comercio.

En enero recibimos una carta afirmativa y la noticia de que ya había montado un almacén. Mientras le entregaban la casa, se estaba quedando a dormir en él.

Como no te habíamos bautizado y queríamos que fuera en la misma iglesia en que lo hicimos con tu hermana y tu hermano, nos apresuramos. El día tres de febrero viajamos en tren a Cartagena para tu bautizo, el que se realizó en la parroquia de la Candelaria de los padres Salvatorianos, abajo de la Popa. Empacamos y viajamos a encontrarnos con tu Tío.

Primero viajamos por buque, hasta el puerto de La Dorada y allí tomamos el tren para llegar a Girardot. Tu Tío nos recibió en la estación, con su impecable vestido blanco. Con gran alegría vinieron los abrazos y los saludos de rigor. Entonces me dijo:

—Bueno Moussa—, hizo una pausa, se puso serio, llenó sus pulmones y continuó —te tengo una mala noticia.

Me puse la mano en la frente, luego la bajé restregándome la cara y asustado pregunté:

—¿El comercio no es bueno?

—Deja que te cuente —respondió—; anoche estaba muy aburrido, entré a cine para distraerme un rato. De un momento a otro, comenzamos a escuchar que había un incendio. Salimos y observamos que la gente corría hacia donde se veía la candela. Yo también corrí. Al llegar no me gustó para nada ver unas llamas inmensas que salían de las casas. Había llegado tanta gente, que me era imposible acercarme. Cuando pude pasar por entre la

multitud, se me hizo un nudo en el estómago al ver nuestro almacén envuelto en llamas. El incendio había empezado en el almacén del vecino. Todo se redujo a cenizas. No nos quedó nada. Como hasta hoy me entregaron la casa que tomé en arriendo, toda mi ropa que estaba en el almacén, también se quemó. Lo que llevo puesto, es lo único que me quedó.

Me quedé mirándolo muy serio durante un momento. A tu Tío se le heló la sangre. Viendo la cara que puso, solté la risa:

—Por lo menos sigues vivo. Además te quedó un buen vestido —le dije sacudiéndole la camisa—; bueno hermano, todavía tenemos salud, así que manos a la obra y a comenzar de nuevo.

Aquí en Girardot sólo había un cine, el Olimpia. Este era al aire libre, en piso de tierra y no tenía sillas. Allí no tenías más remedio que llevar tu propia butaca.

La casa que escogió tu Tío, quedaba en una esquina de la calle que llamaban de los turcos. La habían desocupado porque en ella había muerto recientemente una niña ahogada en la alberca.

Tu mamá, tu Tío y yo, nos dimos cuenta que fabricar camisas era un buen negocio. Fuimos a la carpintería y pedimos que nos hicieran tres mesones. En estos se extendían las telas para cortar las piezas de las camisas. Tu mamá hizo los moldes. Hasta ahí todo fue fácil. Lo difícil era cortar la tela.

Una noche que me levanté para ir al baño, los vi cortando. Por no tener una cortadora,

comenzaron con unas tijeras inmensas. Mi Tío tenía una venda en la mano para evitar que se le abriera. Tanto a mi Papá como a mi Tío, se les veía la mano derecha muy hinchada.

Para coser las camisas, contrataron a varias señoras que tenían máquina. Ellas recibían las piezas y regresaban con las camisas ya cosidas.

Lola, la empleada que planchaba las camisas, lo hacía en la casa en un cuarto que quedaba al lado de los mesones. También tenía que hacer el control de calidad. Sucedió muy a menudo que una manga saliera más larga que otra, o el bolsillo al revés, además de otras imperfecciones. Lola también era nuestra contadora de cuentas. Ella no necesitó de universidad para lograr que nosotros nos concentráramos a oírla, entendiéndole todo en absoluto. Tenía un cambio de tonalidades en su voz, que nos hacía entrar en el cuento como si fuéramos los protagonistas y mientras contaba no dejaba de planchar. Tenía otra virtud. Cuando nos repetía un cuento, le cambiaba la trama, de esa manera lograba contarnos otro cuento con los mismos personajes. Estoy seguro que Lola se adelantó a las series de la televisión de hoy.

Luego de un tiempo, les llegó una máquina cortadora. Aprovechando que la casa vecina estaba desocupada, mi papá la alquiló y tumbándole una pared fue convertida en una sola, con la ya ocupada. Al agilizarse el corte y tener un sitio más amplio, compraron maquinaria industrial alemana y de esa forma pudieron montar una fábrica, creando así una pequeña industria.



Familia Moisés Eljaiek, Girardot 1937.

En esos días se había comenzado a “cementar” las calles. Llevaron una aplanadora a vapor muy moderna, pero que hacía un ruido desesperante, parecido al de una locomotora a punto de explotar.

Al frente de nosotros vivía la familia de Luis Saab, quienes luego se fueron a vivir a Neiva y en su lugar la ocupó Elías Saab con toda su familia, recién desempacados de El Líbano. Esto fue unos meses antes del comienzo de la guerra de 1938. Para ellos y para mí era muy simpático tratar de entendernos. Ellos no hablaban español y yo no entendía el árabe. Mi hermano, que aprendió el árabe con la tía María, nos traducía.

Al lado de ellos vivía José Zajia, papá de Jorge que aún vive en la misma casa.

Más abajo vivían los Dau y los Hakim. Ellos tenían un proyector de películas marca Pathé de 9,5 milímetros. Cuando recibían una película, nos invitaban para verla; la proyectaban en el zarzo de la casa, por ser este el lugar más oscuro. Allí hacía un calor de todos los infiernos. Para que no se incendiara el proyector, mi primo Antonio y yo éramos los encargados de mojar unas toallas en agua fría y colocarla sobre el proyector para evitar que se incendiara.

Como vecinos, teníamos a la familia de Waded y Elías Yamhure.

### MISIA ÚRSULA

En la parte de atrás de la casa, había un lote con una choza donde vivía Misia Úrsula. Mi papá me narró la historia que le habían contado acerca de ella:

—Ella, con su marido Medardo Ibarra, llegó a Girardot a finales del siglo 19, unos años antes de la Guerra de los Mil Días. Eran hijos de arrendatarios de un terrateniente. Estos arrendatarios eran en la práctica el aparejo agrícola de esas tierras y podía ser reemplazado en el momento que su dueño lo deseara. Medardo tuvo la suerte de ser uno de los pocos que aprendió a leer e iba a contraer matrimonio con Úrsula. El terrateniente conoció por esos días a la joven novia y sabiendo que ésta se iba a casar, tenía toda la intención de utilizar su derecho de pernada. Éste tenía la bendición del cura, quien se encontraba bajo la protección del terrateniente. Enterado Medardo, huyó con Úrsula a El Guamo, donde se casaron. Luego continuaron a Girardot donde montaron un almacén de miscelánea, con el propósito de llegar a tener uno igual de grande y parecido a los de sus odiados terratenientes, o sus familiares y amigos, donde vendían de todo y no permitían ninguna competencia, porque podían terminar muy mal. Medardo lo fue agrandando poco a poco acorde con las necesidades del puerto, hasta convertirlo en el más grande de la región y con las mismas

características que tenían los almacenes de los terratenientes, a quienes comenzaba a imitar. Allí vendía: catres, anzuelos, hamacas, ollas, telas, puntillas, medias, martillos, camisas, fríjol, atarrayas, arroz, machetes, maíz, azadones, chocolate, pólvora negra en tacos,... en fin; de todo; Girardot se había convertido en un polo de desarrollo, debido a que era muy escasa la conexión por carretera. Todo lo que llegaba era de Bogotá, y por el río Magdalena la mercancía de Europa que entraba por los puertos de Cartagena y Barranquilla. Don Medardo y Misia Úrsula, que ya tenían un hijo de cinco años llamado Daniel, se habían convertido en uno de los matrimonios más ricos de la región. En 1899, las rencillas políticas estaban en su punto más álgido y el 18 de octubre, los partidos políticos se declaran la guerra. Ese mismo año, hubo una orden de ataque a Girardot, donde se enfrentaron liberales y conservadores. En él, saquearon e incendiaron el puerto. Don Medardo y su hijo murieron. Misia Úrsula fue herida. Casi todos sus bienes fueron saqueados e incendiados su casa y almacén. Con lo poco que le quedó se sostuvo por unos años hasta quedar en la ruina. Por último vendió el lote donde se encontraba su casa y se fue a vivir en una cabañita de su propiedad que tenía desocupada en un potrero. Nunca se quitó el luto. Siempre se vistió de negro. Luego de un tiempo, Maclovio Alvira compró el potrero y le permitió vivir allí sin costo alguno. Se dice, aunque él lo niega, que le pasa algún dinero para su mercado.

### RECUERDOS DE MI NIÑEZ

En nuestra cuadra gozábamos de lo lindo en la época de la cosecha del café. Sobre el cemento esparcían el grano para el secado y ahí comenzaba el despelote de todos los niños de esa cuadra y de las vecinas. Corríamos, nos revolcábamos, echábamos los granos al aire y todo ello con la complacencia de los mayores.

En nuestra casa, al igual que en otras, se acostumbraba a tostar el café. La fragancia se esparcía por toda la cuadra. Era un placer sentir su olor.

Otro de los placeres, lo prodigaba la feria del ganado. Ésta se realizaba dos veces por año en todas las calles del pueblo. Nos agradaba bastante meternos y caminar dentro de los corrales del ganado, donde nos llevábamos uno que otro susto.

Nunca faltaron los gitanos. Yo me encontraba siempre con un joven un poco mayor. En una de las ferias, lo vi con candongas. Al preguntarle por qué se ponía eso, él me dijo:

—Es que a nosotros nos ponen las candongas cuando cumplimos catorce años.

—¿Y por qué? —le pregunté.

Él me respondió muy orgulloso:

—Es que a esa edad se comienza a ser un hombre.

Me pareció tan interesante esta costumbre, que yo le dije a mi papá que me gustaría, cuando llegara el momento, ponerme candongas. Él me contestó:

—Ellos son gitanos, tienen una cultura diferente y el hecho de respetarla no quiere decir que debemos hacer lo mismo.

En estas ferias fue donde aprendí que a un caballo se le miraban los dientes, para saber si era o no joven. La primera vez que lo vi hacer, le pregunté a mi papá muy extrañado:

—¿Es cierto que a un caballo se le puede ver la edad sólo en los dientes?

Él, sonriente me dijo:

—Más o menos sí y de ahí viene aquel proverbio: “A caballo regalado, no hay que mirarle el diente”.

Las fiestas que más nos agradaban, eran los dos San Pedros. El de Girardot era muy bueno, pero aún mejor era el de El Espinal, donde nos comíamos una lechona deliciosa, en seguida nos íbamos al parque Rendón y allí nos tomábamos una rica avena bien fría, en la tienda Manjares Tayrona, del señor Rodríguez. Esa avena, la siguen preparando igual y en el mismo sitio, sus hijos.

Nunca entramos a la “Plaza de Toros” que era y sigue siendo una corraleja, hecha casi en su totalidad con guaduas, porque ni a mi mamá ni a mi papá les gustaba ver cómo martirizaban a los toros.

Había algo curioso que sucedía una vez al año. Por una o dos noches seguidas, el pueblo se llenaba de termitas. Estas venían volando de los bosques que todavía existían en los alrededores. Al otro día, había cantidades de termitas sin sus alas. Con cartones los muchachos hacíamos brisa; las alitas se elevaban del piso y al caer cubrían todos los muebles de la casa. Como era de suponer, esto no era del agrado de nuestros padres.

Algo para no olvidar, es la subienda. Todos los muchachos llevábamos canastos al agua, los amarrábamos con una cuerda, les poníamos adentro una piedra y los lanzábamos al río. Al sacarlos se encontraban llenos de nicuros. Los llevaba a la casa y los echaba en la alberca junto a los que mi papá compraba. Disfrutábamos unos banquetes espectaculares con estos peces bien fritos. Un día, al lanzar el canasto, se me enredó el lazo en un pie y fui a dar, no al río sino al caño de aguas negras que bajaba de Girardot. En casa, cuando llegué, mis padres me bañaron con todo desinfectante que encontraron. Por fortuna no me purgaron con aceite de ricino, que era lo acostumbrado.

Una diversión que teníamos y se repetía siempre en vacaciones, era la llegada de los turistas “rolos”, nombre que dábamos a los bogotanos.

Los muchachos nos parábamos en la estación del ferrocarril. Escogíamos a una de las familias que llegaba. Ésta debería alojarse en el hotel San Germán, que se encuentra al lado de la estación y por lo general no fallábamos. Calculábamos un máximo de treinta minutos para que salieran a pasear. Era fijo que su primer paseo consistiría en cruzar el puente para pasar a Flandes.

Para que este juego pudiera funcionar, los señores tenían que salir y como era casi seguro, con sombrero de fieltro negro, pantalón de paño negro, chaleco negro y corbata negra. Las señoras, con suéter de manga larga.

El juego consistía en adivinar cuándo comenzaba el señor a quitarse lo que llevaba puesto, porque la temperatura a la hora en que salían, era de 37 °C en promedio, a pleno sol. El límite era la mitad del puente y las barras verticales de la baranda eran la medida. A las que más apostábamos eran a la tercera o cuarta antes de la mitad. El señor comenzaba quitándose el chaleco, luego la corbata, en seguida se desabotonaba la camisa y para terminar se abanicaba con el sombrero. Como las mujeres solamente tenían para quitarse el suéter, con dificultad llegaban a la mitad. Nos parábamos a verlos regresar.

Ya tenían las caras de un tono rojo fosforescente y sudaban tanto, que daban la impresión de haberse echado una totumada de agua en la cabeza. Al señor que tenía la camisa desabrochada, se le podía ver la franela. Entre la salida y llegada al hotel, empleaban unos treinta minutos. Cuando los rolos entraban, el juego terminaba.

Casi todos los domingos, muy de mañana, solíamos ir a jugar a lo que en ese momento se nos ocurriera. Éramos tres los que no nos perdíamos nunca estos juegos. Los hermanos Jaime y Jorge Falla y yo. Jugábamos en un potrero que se encontraba pasando el cementerio. Para llegar allí, era imprescindible atravesar el barrio San José que, a pesar de su nombre, era donde se encontraban todos los prostíbulos y el más famoso de ellos tenía nombre infantil: Mickey Mouse.

Nosotros caminábamos por la mitad de la calle. Había dos razones para hacerlo; primera, nos evitábamos el posible golpe de una botella perdida; estas salían volando de las cantinas. Segunda, tratando de no sentir tanto el olor podrido, a mohó, que salía de estos sitios, acompañado con música ranchera.

[...]